

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Las significaciones en torno a la virilidad en hombres agresores.

Sofía Mardones.

Cita:

Sofía Mardones (2015). *Las significaciones en torno a la virilidad en hombres agresores. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/1013>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La virilidad como ethos político en hombres agresores

Sofía Mardones
Universidad de Valparaíso
Sofiav.mardones@gmail.com

Palabras claves: Binarismo- cuerpos sexuados- virilidad- poder

Resumen

Al momento de analizar las asimetrías con las que actúa el sistema político sexual dentro de un cuerpo social, podemos dar cuenta de distintos significados que contienen y posicionan –de forma desigual- lo que es ser mujer y ser hombre. En este mismo sentido, la virilidad debemos comprenderla como un ethos político-sexual, que mantiene relación de carácter ideológico con los cambios políticos y sociales en los que se sitúa; subjetivando y estableciendo disposiciones en el quehacer del hombre y también de mujeres. Pues si bien, mediante distintas tecnologías y discursos pareciese suceder un cambio social en torno a distintos conflictos sexuales, se siguen reproduciendo distintos fenómenos –de carácter histórico- en donde se perpetúa la imagen del hombre dominante; como es el caso particular de los hombres agresores de mujeres dentro de una relación de pareja. un fenómeno global que devela la fuerza con la que se sostienen los posicionamientos desiguales en el orden sexo-político; en el que se hace pertinente complejizar en el análisis de cómo se construyen los distintos significados que dan consistencia y fuerza a la moral viril imperante, que a pesar de los distintos cambios tecnológicos, discursivos, ideológicos, etc., desde su origen ha preservado y perpetuado al hombre como sujeto político empoderado, dominador y violento

El código binario inscrito en el cuerpo

La sexualidad de los cuerpos dentro de distintas estructuras sociales, a pesar de diferencias de orden sociocultural, todas se han remitido ontológicamente a un marco conceptual binario, en donde nuestra condición anatómica básicamente genital –como argumenta Wittig- sitúa las bases de una distinción de carácter opuesto en torno a lo que somos (Wittig, 2006). Ante este binarismo se puede afirmar que la sexualidad se construye, y ésta deviene de un orden ontológico en la que se sitúa y sustenta la materia de forma lógica, mediante una serie de categorías y significados opuestos, en donde:

“Nos colocamos nosotros mismos bajo el signo del sexo, pero más bien de una lógica del sexo que de una física. No hay que engañarse: bajo la gran serie de las oposiciones binarias (cuerpo-alma, carne-espíritu, instinto-razón, pulsiones-consciencia) que parecían reducir y remitir el sexo a una pura mecánica sin razón, Occidente ha logrado no sólo –no tanto- anexar el sexo a un campo de racionalidad (lo que no sería nada notable, habituados como estamos, desde los griegos a tales “conquistas”), sino hacernos pasar casi por entero –nosotros, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra individualidad, nuestra historia- bajo el signo de una lógica de concupiscencia y el deseo.” (Foucault, 1998, pág. 95)

De esta forma, nuestros cuerpos se han dotado de sentido en lo que es “ser hombre” o “ser mujer” dentro de un orden político que crea ficciones somáticas que cargan de significaciones y discursos los cuerpos engendrados dentro de un cuerpo social (Preciado, 2008); en donde el raciocinio de Descartes “pienso, luego existo”, se inscribe en nosotros y nosotras en ese “ser” precedente que está por sobre nuestra anatomía misma y que es de donde proviene el mundo de las ideas y el desarrollo del pensamiento; un “ser” categórico y universal que codifica y representa nuestro hacer como sujetos y sujetas. ¿Qué es lo que construye ese “ser” dotado de ideas e historia humana? ¿Cómo es que “somos” mujeres u hombres? La gran trampa del “ser” –como afirma Judith Butler- es que no existe como experiencia ni tampoco en el hacer, sino que llena de sustancia a este cuerpo, dotándolo de códigos, sentires, pesares, experiencias y azares, donde -en este caso- *“el marco binario del sexo sitúa la dualidad del sexo en un campo prediscursivo”* a nosotros mismos. (Butler, 2007, pág. 56). Un prediscursivo que crea prenociones, y que desde estos códigos transmite y comprende una realidad legítima y funcional en torno a los quehaceres y disposiciones corporales; cuerpos que serán el componente activo en lo que es la construcción y reproducción de un orden político, que si bien muta no deja de ampliar, absorber y administrar los distintos flujos de información, que establecen y representan los límites dentro de la realidad social, una línea divisoria que codifica las nociones y significaciones con las que conducimos nuestra existencia, como sucede con el imperativo categórico del sexo.

“Esos límites siempre se establecen dentro de los términos de un discurso cultural hegemónico basado en estructuras binarias que se manifiestan como el lenguaje de la racionalidad universal. De esta forma, se elabora la restricción dentro de lo que ese lenguaje establece como el campo imaginable del género.” (Butler, 2007, pág. 59)

El arbitrario cultural del sexo se encarna en los sujetos y sujetas que se inscriben bajo este orden, del que nadie está exento a pesar de las particularidades de nuestras historias. Mecanismos que perpetúan un sistema heteronormado y viril que absorbe y flexibiliza nuevas formas como lo son las múltiples identidades con las que nos representamos y nos distinguimos en colectivo, es decir, nuestra individualidad no deja de estar representada e instruida por el arbitrio cultural mediante distintos mecanismos que se inscriben en nuestros pensamientos, cuerpo y movimientos que de alguna manera u otra refuerzan y perpetúan el orden asimétrico con el que nos relacionamos en sociedad.

Las lógicas con las que representamos la idea y el comportamiento en torno a lo sexual, se conforman a partir del lenguaje que delimita la codificación de percepciones ante la sexualidad de nuestros cuerpos, configurando lo que Foucault llama “verdad” del sexo, que *“instaura la producción de oposiciones discretas y asimétricas entre “femenino” y “masculino”, entendidos estos conceptos como atributos que designan “hombre” y “mujer”.*” (Butler, 2007, pág. 72) Esta designación, es la matriz cultural en torno a la sexualidad humana que es inteligible bajo distintos mecanismos que refuerzan los discursos hegemónicos que dotan de significados nuestro cuerpo y el imaginario posible ante nuestro sexo. En este sentido *“el cuerpo se manifiesta como un medio pasivo sobre el cual se circunscriben los significados culturales o como el instrumento mediante el cual una voluntad apropiadora e interpretativa establece un significado cultural por sí misma.”* (Butler, 2007, pág. 58)

Es así como las significaciones culturales en torno a los cuerpos sexuados se comportan como prácticas reguladoras frente al sexo, que debido a su fuerza coercitiva configuran de forma coherente los distintos discursos que crean subjetividades en torno a nuestra identidad sexual. Es decir, el lenguaje dota de sentido la acciones de nuestros cuerpos; mecanismo fantasmático que no deja de estar cargado de connotaciones o más bien de verdades sexo-políticas que mediante esquemas cognitivos perpetua las relaciones de dominación en las que se fundamenta.

“Gracias a que el principio de visión social construye la diferencia anatómica y que esta diferencia social construida se convierte en el fundamento y en el garante de la apariencia natural de la visión social que apoya, se establece una relación de causalidad circular que encierra el pensamiento en la evidencia de

las relaciones de dominación, inscritas tanto en la objetividad, bajo la forma de divisiones objetivas, como en la subjetividad, bajo la forma de esquemas cognitivos que, organizados de acuerdo con sus divisiones, organizan la percepción de sus divisiones objetivas.” (Bourdieu, 1998, pág. 24)

En este sentido, nuestra identidad sexual no deja de estar maniobrada por las representaciones que cargan con poder político desigual, puesto que la producción de significados históricamente ha perpetuado al hombre como el sujeto privilegiado y apto para el dominio político. Estas significaciones poseen la capacidad de adaptarse a los cambios políticos, sociales y culturales dentro del entramado social, puesto que si bien el entramado social coarta al individuo, éste mediante las relaciones sociales da paso a que proliferen cambios socioculturales cohesionados con la realidad social. Es por ello que las significaciones tienen un carácter performativo ya que se orientan a partir de los cambios políticos en los que se inscribe, estructurando relaciones de poder y representaciones políticas dentro de un plano simbólico, que completa la fuerza con la que el poder coarta la existencia humana.

“El trabajo de construcción simbólico no se reduce a una operación estrictamente performativa de motivación que orienta y estructura las representaciones, comenzando por las representaciones del cuerpo (lo que no es poca cosa); se completa y se realiza en una transformación profunda y duradera de los cuerpos (y de los cerebros), o sea, en y a través de un trabajo de construcción práctico que impone una definición diferenciada de los usos legítimos del cuerpo, sexuales sobre todo, que tienden a excluir del universo de lo sensible y de lo factible todo lo que marca la pertenencia al otro sexo – y en particular todas las virtualidad biológicamente inscritas en el “perverso polimorfo” que es, de creer a Freud, cualquier niño-, para producir ese artefacto social llamado un hombre viril y una mujer femenina.” (Bourdieu, 1998, pág. 37)

Así es como los mecanismos del sistema sexo-género se comportan de manera performativa, debido a que la experiencia vivida y las realidades en torno a esta cualidad se (re)producen a partir del comportamiento de los sujetos y sujetas y de los discursos formados bajo la tensión existente entre realidad social e individuo. En medio de esta tensión, se enmarcan las significaciones inteligibles en torno a la virilidad: invención política que caracteriza las cualidades del tipo ideal masculino. La maniobra del hombre

para el hombre, la performatividad del discurso político encarnado en el sujeto que perfila, bajo su gran valor y moral, el quehacer político de la dominación.

La virilidad como ethos político

La carga política de la virilidad se refleja en la necesidad inmanente de ser un sujeto o sujeta tal en campos y entornos con lógicas colectivas; si bien, este entorno materializa y delimita las dinámicas que convergen en su realidad, el orden del poder con su moral y las estéticas con las que se potencia, que actúan de forma simultánea, configuran relaciones sociales de individuos con experiencia propia, pero que se construyen -y llenan de contenido- en colectivo. Es por ello que los significados y formas de ejecutar el poder dependen de los contextos, paradigmas y distintas tecnologías que delimitan el campo representacional en el que está circunscrito el humano y humana, otorgando ciertas formas de pensar, sentir y hacer, permitiendo que los individuos no dobleguen esas representaciones con las que ellos sustentan y reproducen sistemas de poder que los seduce con la imagen de ser el humano privilegiado que ejecuta el dominio - lo más cercano a la libertad dentro de tus rejas – que dentro de la anatomía masculina se inscribe bajo códigos viriles con los que se efectúan sus quehaceres y formas de ser.

“La condición masculina en el sentido de vir supone un deber- ser, una virtud, que se impone a “eso es natural”, indiscutible. Semejante a la nobleza, el honor –que se inscribe en el cuerpo bajo el conjunto de disposiciones aparentemente naturales, a menudo visibles en una manera espacial de comportarse, de mover el cuerpo, de mantener la cabeza, una actitud, un paso solidario de una manera de pensar y de actuar, un ethos, una creencia, etc.- gobierna al hombre honorable, al margen de cualquier presión externa.” (Bourdieu, 1998, pág. 67)

La virilidad al entenderse como una cualidad en el hombre, presume el poder de adaptarse a los cambios culturales en torno al imaginario y conducta del tipo ideal masculino. Dándose que se tornen de forma inconsciente o más bien “naturales” las disposiciones con respecto a un “otro” u “otra”, que en su generalidad se efectúan a partir de contenido construido socialmente. De esta forma, la idea de lo que es “ser hombre” está empapado de significaciones que no refutan, ni ponen en cuestión las cualidades con las que conducen su accionar, que posicionan al hombre como el sujeto del privilegio político: *“se trata de una*

elaboración de la conducta masculina hecha a partir del punto de vista de los hombres con el fin de dar forma a su conducta” (Foucault, Historia de la sexualidad, el uso de los placeres, 2009, pág. 23). Es decir, los códigos emanados desde el orden político hacia la condición viril del hombre, perpetúan una perfecta coherencia con los sistemas de poder, que se normalizan y cristalizan a partir de ficciones políticas, como lo es la virilidad; posicionando los cuerpos masculinos desde la óptica del poder y el gobierno.

La condición privilegiada del hombre en la esfera social se refleja en los sistemas políticos que han gobernado los cuerpos en el pasar de la historia, estos sistemas han sentado sus bases valóricas, por tanto normativas, desde la categorización de la vida pública bajo la óptica del hombre, formándose un imaginario político que ha subjetivado nuestro existir a partir de los mecanismos que enmarcan los posicionamiento desiguales que nos delimitan. Desde esta premisa es que Michael Foucault, en la historia de la sexualidad, describe y desarrolla la idea de la virilidad en la formación del sistema político ateniense. Configuración política que será la base en torno al pensamiento y quehacer político del hombre.

La formación de la ciudad griega vino de la mano con la construcción del sistema político que se contextualiza en la democracia ateniense. Dentro de la construcción del contenido político en la sociedad civil, se reconoce el orden público y político como una instancia viril, donde se otorga de cualidad y valoraciones al hombre libre y capaz de ejercer sus virtudes y saberes, siendo una de las premisas más importante para reconocerse libre y capaz de autogobierno, por tanto ciudadano y sujeto político en la organización del poder, con la virtud necesaria para serlo:

“De una manera general, todo lo que ha de servir a la educación política del hombre en cuanto ciudadano servirá también a su entrenamiento hacia la virtud, y a la inversa: ambas corren pareja. La askesis moral forma parte de la paidea del hombre libre que tiene un papel que desempeñar en la ciudad y en relación con los demás; no necesita utilizar procedimientos distintos; la gimnástica y las pruebas de resistencia, la música y el aprendizaje de los ritmos viriles y vigorosos, la práctica de la casa y de las armas, el cuidado de conducirse bien en público, la adquisición del aidos que hace uno se respete a sí mismo a través del respeto que se tiene a los demás –todo esto es a la vez la formación del hombre que ha de ser útil a su ciudad y ejercicio moral del que quiere adquirir un

dominio sobre sí mismo.” (Foucault, Historia de la sexualidad, el uso de los placeres, 2009, pág. 85)

En este sentido, la idea del orden de la ciudad, corresponde a la función y poder de los cuerpos en particular. El orden de la materia, gracias al poder simbólico de la palabra, es una decisión política. Construyendo la idea de lo público como el lugar de quehaceres y decisiones políticas, un lugar para hombres que reunirán gran parte de las características y valores de un ciudadano honorable. Es así como la idea de lo público y lo privado han formado la organización y funcionalidad de las sociedades, formando relaciones sociales equivalentes a su entorno que no dejan de estar imbricadas por la moral viril. *“Por ‘moral’ entendemos un conjunto de valores y de reglas de acción que se proponen a los individuos y a los grupos por medio de aparatos prescriptivos diversos, como pueden serlo la familia, las instituciones educativas, las iglesias, etc.”* (Foucault, Historia de la sexualidad, el uso de los placeres, 2009, pág. 25)

De esta manera al momento de reconocer y disgregar la construcción del sistema de valores y discusiones éticas en las que se cimenta la moral, podemos dar cuenta de que ésta se sitúa desde el posicionamiento empoderado del hombre, esperando efectos en el quehacer masculino y la efectividad política en distintos ámbitos de la vida cotidiana e instituciones. En este sentido podemos definir al ciudadano político como la transición del hombre libre en la civilización griega, dejando en un orden abyecto a la mujer, por tanto sujeta a la dominación y quehacer de éste; ser ciudadano, es ser un hombre libre que se adapta y trasciende al poder político, ya que : *“... son aquellos que serán reclutados para gobernar: ‘y a quien en la infancia, en la juventud y en la edad viril haya pasado por todas estas pruebas y salido de ellas intacto (akeratos), lo constituiremos en jefe y guardián de la ciudad’.”* (Foucault, Historia de la sexualidad, el uso de los placeres, 2009, pág. 85) Es así como Foucault, desde la recopilación de saberes y el análisis de éstos da cuenta de que el orden de los cuerpos sienta sus bases a partir del quehacer masculino, valorizando formas y tipos ideales que sustentan al poder político, desde un posicionamiento altivo y con aptitud de dominio

“Se trata de una moral de hombres; una moral pensada, escrita y enseñada por hombres y dirigida a los hombres, evidentemente libres. Por consiguiente, moral viril en la que las mujeres sólo aparecen a título de objetos o como mucho de

compañeras a las que hay que formar, educar y vigilar, mientras están bajo el poder propio, y de las que hay que abstenerse, al contrario, cuando están bajo el poder del otro (padre, marido, tutor).” (Foucault, Historia de la sexualidad, el uso de los placeres, 2009, pág. 23)

Al comprender la virilidad como representación del poder, dotada de valoración política, se develan configuraciones dicotómicas en torno a las relaciones sociales, que implican que la conducta viril sea desde las relaciones de poder. Es por ello, que al momento de analizar las relaciones de poder que se ejecutan bajo los significados viriles, debemos situar al sujeto como el catalizador de la acción, por tanto el productor y perpetuador del orden simbólico con el que opera los distintos mecanismo de poder que cristalizan la violencia normativa con la que se rige el sistema sexopolítico, y que disciplina a los cuerpos a que aceptemos nuestra condición, puesto que *“Aunque se trata de un poder que es ejercido sobre el sujeto, el sometimiento es al mismo tiempo un poder asumido por el sujeto, y esa asunción constituye el instrumento de su devenir.”* (Butler, 2001, 22)

Las significaciones en torno a la virilidad en la historia del hombre

Al momento de comprender la construcción de las masculinidades y de los cuerpos de los hombres bajo significancias culturales y sociales, la virilidad opera como el sentido de la acción bajo los valores masculinos implicados. Puesto que la virilidad además de definirse como la capacidad biológica y física para reproducirse, también responde a una construcción y percepción social del hombre, de forma trascendental: suponiendo un deber-ser bajo la condición masculina que se inscribe en el cuerpo bajo un conjunto de formas, conductas y disposiciones aparentemente naturales. Es así como, Bourdieu define la virilidad de la siguiente manera:

“La virilidad, entendida como capacidad reproductora, sexual y social, pero también como aptitud para el combate y para el ejercicio de la violencia (en la venganza sobre todo), es fundamentalmente una carga. En oposición a la mujer, cuyo honor, esencialmente negativo, solo puede ser definido o perdido, al ser su virtud sucesivamente virginidad y fidelidad, el hombre “realmente hombre” es el que se siente obligado a estar a la altura de la posibilidad que

se le ofrece de incrementar su honor buscando la gloria y la distinción de la esfera pública.” (Bourdieu, 1998, pág. 68)

Bajo este planteamiento es que la virilidad se relaciona con los individuos, en su generalidad hombres, como un modelo de representación y de subjetividades del “verdadero hombre”. Es de esta forma como la virilidad se hace evidente en la configuración del tipo ideal masculino: otorgando un carácter instintivo, que en efecto naturalizan los arquetipos sociales del deber- ser hombre: *“El privilegio masculino no deja de ser una trampa y encuentra su contrapartida en la tensión y la contención permanentes, a veces llevadas al absurdo, que impone en cada hombre el deber de afirmar en cualquier circunstancia su virilidad.” (Bourdieu, 1998, pág. 68)*

Desde esta perspectiva es que se debe comprender la virilidad como una cualidad, básicamente masculina, que está ligado al poder, debido a ser un elemento fundamental y trivial en la configuración del tipo ideal masculino dominante, que se ve en la necesidad de demostrarse como un hombre posicionado en un eje superior, mediante sus prácticas viriles que responden a cómo debe ser un “hombre”. En este sentido, la virilidad se fundamenta en la acción con respecto al otro, que se comprende y se naturaliza en la consciencia del sujeto: existiendo completa armonía entre las prácticas y las formas de ver y ser en la realidad social.

Como he planteado anteriormente, la virilidad se concibe como el concepto constituyente del honor masculino (Bourdieu, La dominación masculina, 1998). Y es bajo esta definición que la virilidad se ha ido comprendiendo según momento histórico y realidad social en la que se adscribe. Los inicios del concepto de virilidad surgen en Grecia en el período de la Antigüedad hasta la Edad Media, siendo la virilidad una de las ideas centrales en la comprensión de las relaciones sociales y de la sociedad en sí misma; en este período el ideal viril consistía en satisfacer todos los deseos, siendo la sodomía una de las prácticas que permitían acceder a ser un hombre viril. Asimismo, las prácticas pedófilas se comprendían como un rito iniciático para pasar de ser un niño a ser un verdadero hombre (Corbin, Courtine, & Vigarello, 2011). En este período la idea de virilidad se alejaba de la mujer, puesto que ésta existía solamente para la reproducción y el ámbito privado por lo que no se buscaba ningún tipo de diálogo con la mujer en las sociedades griegas, siendo

muchas veces aceptadas las prácticas pedófilas y sodomitas, en las distintas fiestas que se desarrollaban entre hombres, como formas de ejercer la virilidad y el gobierno de placeres. (Foucault la historia de la sexualidad)

El segundo período de la historia de la Virilidad se comprende principalmente en la Edad Media, donde el Cristianismo y la organización del Feudo se imponen como instituciones ideológicas y políticas. Bajo esta realidad social es que la construcción de los cuerpos y del deber- ser hombre se centra en paradigmas con distintas significancias; en este período la Iglesia Católica prohíbe la sodomía, relevando la importancia del hombre viril a la dominación indiscutida, a la fuerza bruta, y a la reafirmación de su heterosexualidad indiscutida. En efecto, las significaciones existentes en torno a la virilidad se centraban en la formación de hombres aptos para la guerra, debido a que la lucha era la forma de comprender y ejercer el poder. De esta forma, la imagen patriarcal se profundiza aún más, puesto que es el hombre la encarnación de la dominación y la guerra, del poder y la elegancia.

“la virilidad, a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento, se fue adaptando a la evolución de la moral, las costumbres y el refinamiento que paulatinamente se instauraron en las cortes de los poderosos. Coraje, gloria, honor, autocontrol, elegancia y prestancia se volvieron sus atributos. No obstante, como señala Arlette Farge, es necesario distinguir entre los medios populares y los aristocráticos. La historiadora describe los placeres de la gente simple, libertina pero no exenta de violencia cuando se trataba de “la viril captación de la mujer”. En todo caso, “cazar, bailar, batirse a duelo, embriagarse en la taberna y correr detrás de las jóvenes” eran las actividades principales del hombre medieval.” (Corradini, 2012)

Posterior a este período histórico, producto del desarrollo incipiente del capitalismo y de mecanismos más complejos y variados para la perpetuación del poder, es que la virilidad va transformando y adaptando a las distintas comprensiones de la realidad social, pasando por una virilidad majestuosa que se vinculaba a la elegancia, diplomacia y la capacidad de pertenecer al ámbito político y elite de la sociedad. Mientras que tras la Primera Guerra Mundial, las cualidades viriles se comienza a desarrollar tanto en hombres como en mujeres, aunque manteniéndose el hombre como el sujeto por excelencia y esencia viril y dominante; de esta forma, la virilidad se desarrolla a partir de la imagen, ya sea del soldado

o como de la estrella de cine. En las sociedades modernas la comprensión de la virilidad se enfoca de manera multidimensional, puesto que se comprende a partir de distintos medios y tecnologías, tales como la pornografía y la industria farmacéutica, que es desde donde se construyen subjetividades que dirigen la conducta humana y las relaciones sociales que emanan de ella, que en la actualidad se enmarcan en lo que Preciado llamará “*régimen farmacopornográfico*”, que viene a complejizar y manipular el desarrollo discursivo y biopolítico del capitalismo en donde la industria pornográfica y farmacéutica, se comportan como poderes políticos que han administrado los discursos que controlan nuestro comportamiento. Por una parte la pornografía con toda su potencia representacional en torno al deseo y el comportamiento sexual, y por el otro los fármacos han disciplinado nuestra anatomía, llenándola de ortopedias sexopolíticas que han categorizado nuestros cuerpos. Es decir, la hegemonía de la industria farmacopornográfica se ha centrado en la producción de subjetividades y la administración de éstas (Preciado, 2008). Tecnologías políticas que han situado a la virilidad bajo el control semiótico y técnico de la sexualidad, y que a pesar de que el análisis se torne más difuso, la profunda desigualdad política entre hombres y mujeres da cuenta de una realidad en la que tu categoría sexual, determina los discursos inscritos en nuestros cuerpos.

Virilidad y agresión

Los discursos masculinista, como idea universal de sujeto y sujeta, se ven expresado en la dominación y violencia a que es expuesta la mujer dentro de la sociedad; es por ello, que a pesar de los cambios discursivos, significancias y disposiciones en torno a las nociones sexopolíticas que nos dividen, a lo largo de la historia la mujer se ha visto sujeta a sistemas políticos que subjetivan su existencia a partir de la marca de la dominación masculina.

“Si la relación sexual aparece como una relación social de dominación es porque se constituye a través del principio de división fundamental entre lo masculino, activo, y lo femenino, pasivo, y ese principio crea, organiza, expresa y dirige el deseo, el deseo masculino como deseo de posesión, como dominación erótica, y el deseo femenino como deseo de la dominación masculina, como subordinación erotizada, o incluso, en su límite, reconocimiento erotizado de la dominación.” (Bourdieu, 1998, pág. 35)

Esta afirmación, la podemos comprender de forma categórica en el caso particular de la agresión a la mujer por parte hombres; un hecho social que retrata la violencia física, psicológica y/o simbólica, con la que mantienen relaciones de poder los hombres hacia el “sexo opuesto”. Un fenómeno, que al adscribirse simbólica y performativamente al orden político expresa sus asimetrías desde un orden global hasta el rincón más íntimo de relacionarnos. Es por ello que el problema de la violencia a la mujer por parte de hombres, a pesar de que responde de formas distintas, se entiende como un problema de orden global; ante esta realidad, la ONU el año 2013 según una estudio estadístico, dio cuenta de que el 35% de las mujeres habían sufrido violencia física y/o sexual dentro de una relación de pareja o fuera de relaciones a nivel global (ONU, 2013). Esta realidad global se reproduce de una forma muy evidente en Chile, y es por ello que el año 1991 en el Gobierno de Patricio Aylwin se crea el Servicio Nacional de la Mujer, institución gubernamental que apelaba directamente a la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, tomando como punto importante la violencia intrafamiliar a la que es expuesta la mujer, sobre todo en el hogar y en las relaciones de pareja (SERNAM, 2014). A pesar de la creación de esta institución e implementarse organismos que trabajarán para el desarrollo de un cambio social en torno a las visiones de género y prácticas involucradas al fenómeno, el trabajo se estanca y no es posible generar mayores cambio debido a la inexistencia de leyes que legitimaran la gravedad del asunto. En efecto, se da cuenta de la realidad país de la que somos parte, y es por ello, que en el año 2005 se crea en Chile la ley 20.066 que declara la violencia intrafamiliar como irreconciliable y que ha facilitado el aumento de las denuncias en un 181,3% al año 2010. Dentro de este fenómeno social, las estadísticas respaldan la gravedad del asunto, en donde según la encuesta Nacional de Victimización del Ministerio del Interior (2008) el 35,7% de las mujeres entre 15 y 59 años de edad han sufrido violencia intrafamiliar en una relación de pareja o fuera de ésta (SERNAM, 2014). A su vez, según la encuesta nacional de Victimización por Violencia Intrafamiliar y Delitos Sexuales en el año 2013, el 87, 3% de los agresores son hombres, demostrándonos que el problema de la violencia en una relación de pareja en Chile, responde a un fenómeno ligado al sexo masculino (Adimark Gfk, 2013).

Por otra parte, la cantidad de femicidios cometidos en Chile también se nos presenta como una realidad alarmante en donde el año 2013 hubo 40 femicidios (SERNAM, 2014) y el

27,3% de las mujeres en Chile fue víctima de violencia física y/o psicológica en una relación de pareja o ex-pareja en los últimos 12 meses; siendo las relaciones de pareja el contexto donde se perpetua la agresión, puesto que del total de las mujeres que declararon haber sufrido violencia en el último año, el 49,3% había tenido su última experiencia de agresión por su pareja (Adimark Gfk, 2013)

Al evidenciarse la alarmante situación de violencia psicológica, física o sexual dentro o fuera de las relaciones de pareja, dando cuenta que gran parte de los agresores son hombres, es que se inicia el año 2012 un modelo de intervención en hombres que ejercen violencia en las relaciones, este programa llamado “Hombres para una vida sin violencia” es llevado a cabo bajo el Servicio Nacional de la Mujer en las distintas regiones del país, en el caso de la Región de Metropolitana este programa se lleva a cabo en la Comuna de Estación Central en el Centro de Hombres para una vida Sin Violencia. (SERNAM, 2014)

A pesar de la formación de este centro, la figura del hombre como el perpetuador de la violencia se mantiene escasamente estudiada. Puesto que desde el meta- análisis de 944 investigaciones sobre violencia familiar, el 93,5% estaba centrada en las víctimas, principalmente mujeres; solo el 6,5% restante de las investigaciones se centraban en los agresores, principalmente hombres. (Muñoz, 2013).

La violencia hacia la mujer, es un problema multidisciplinario y complejo, pero que a pesar de sus particularidades no deja de estar situado bajo la marca ontológica del sexo, que arrastra gran parte de nuestra historia como mujeres subyugadas a sistemas políticos que se nutren de la noción etimológica de la virilidad. Cualidad política con la que tanto hombres como mujeres han cargado su deber y hacer, y que refleja la coacción con la que la moral nos delimita nuestras relaciones dentro del entramado del poder. Creo que el análisis y reflexión en torno a cómo los poderes políticos se han encargado de perpetuar relaciones de dominación y sujeción, encarnadas en la agresión, nos lleva a cuestionarnos desde dónde y cómo se producen los mecanismos que oprimen, matan, y/o privilegian nuestra existencia, bajo la línea divisoria y determinante de lo que es “ser hombre” o “ser mujer.

Bibliografía

- Adimark Gfk. (2013). *Encuesta Nacional de Victimización por Violencia Intrafamiliar y Delitos sexuales*. Santiago.
- Bourdieu, P. (1998). *la dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2001). *Mecanismo Psíquicos del poder -teorías sobre la sujeción-*. Madrid: Cátedra.
- Corradini, L. (Julio de 2012). *Historia de la Virilidad*. Recuperado el Junio de 2014, de Masculinidades, género y Ciencias Sociales: <http://masculinidades-ciencias-sociales.blogspot.com/2012/07/historia-de-la-virilidad.html>
- Foucault, M. (2009). *Historia de la sexualidad, el uso de los placeres*. Madrid: Siglo VVI.
- Foucault, M. (1998). *La historia de la sexualidad, la voluntad de saber*. Madrid: Siglo VVI.
- Muñoz, J. R. (2013). *Aproximación a un Modelo Teórico de Tipologías de hombres Maltratadores*. Santiago.
- ONU. (2013). *ONU Mujeres*. Recuperado el 15 de Mayo de 2014, de Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de género y el Empoderamiento de las Mujeres: <http://www.unwomen.org/es/what-we-do/ending-violence-against-women/facts-and-figures>
- Preciado, B. (2008). *Testo Yonqui*. Madrid: ESPASA.
- SERNAM. (2014). *Servicio Nacional de la Mujer*. Recuperado el 13 de Mayo de 2014, de ¿Qué es el SERNAM?: <http://portal.sernam.cl/?m=institucion>
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: EGALES.